

BOLETÍN
DE LA
REAL ACADEMIA
DE EXTREMADURA
DE LAS LETRAS Y LAS ARTES



Tomo XXVI

Año 2018

BRAEX

(Boletín de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes)

Tomo XXVI

Año 2018

DIRECTORA

Excma. Sra. Dña. Carmen Fernández-Daza Álvarez

CONSEJO ASESOR

Excmos. Sres.:

D. Francisco Javier Pizarro Gómez, D. Manuel Pecellín Lancharro, D. Feliciano Correa Gamero, D. Salvador Andrés Ordax, D. Manuel Terrón Albarrán, D. Miguel del Barco Gallego, D. Francisco Pedraja Muñoz, D. Antonio Viudas Camarasa, D. José Miguel de Mayoralgo y Lodo, D. Eduardo Naranjo Martínez, D. Luis García Iglesias, D. José María Álvarez Martínez, D. Antonio Gallego Gallego, D. Antonio Montero Moreno, D. Gerardo Ayala Hernández, D. Luis de Llera Esteban, Dña. Pureza Canelo Gutiérrez, D. Jesús Sánchez Adalid, Dña. María Jesús Viguera Molins, D. José Luis Bernal Salgado, D. Julián Barriga Bravo y Dña. María del Mar Lozano Bartolozzi.

Correspondencia y suscripciones:

Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes

Palacio de Lorenzana

C/ de la Academia s/n

10200 Trujillo, Cáceres (España)

Patrocinio:

Consejería de Cultura e Igualdad. Junta de Extremadura

Colaboración:

Excma. Diputación Provincial de Badajoz

Maquetación: Virginia Pedrero

ISSN: 1130-0612

Dep. Legal: BA-792-2016

Imprime: Servicio de Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial de Badajoz

Printed in Spain

Una referencia a la ciudad de Badajoz en la obra de Victor Hugo

JACINTO J. MARABEL

SOY DE BADAJOZ. AMOR ME LLAMA

Hay una cita en *Los Miserables* que siempre me ha intrigado. Me asaltó con furia en la ingenuidad de la adolescencia y debí asumir entonces la impotencia de afrontarla. Pero hace unos días, rescatando polvorientos volúmenes olvidados en una reciente mudanza, aquellos versos subrayados con ardor juvenil volvieron a abrirse de nuevo ante mis ojos, afortunadamente igual de expectante, aunque por suerte más maduros y serenos. Entonces, pude leer:

Soy de Badajoz.
Amor me llama.

Como habrá adivinado, se trata de la célebre cancioncilla que el bohemio Tholomyès dedicó a su amada Fantina en un pasaje de *Los Miserables*. Estamos en París, en el año 1817, y Victor Hugo nos presenta un grupo de estudiantes, Listolier de Cahors, Fameuil de Limoges y Blachevelle de Montauban, que, liderados por Félix Tholomyès de Toulouse, se dedica a cortejar bellas, perfumadas y radiantes costureras. Cierta día, los cuatro estudiantes pasean por Saint-Cloud con Dalia, Zefina, Favorita y Fantina, sus recientes y respectivas conquistas, cuando uno de ellos propone saltar la verja que limita el jardín del asentista Bourguin. Entre risas, el resto no dudan en secundar la idea adentrándose hasta un gran castaño del que pende un tentador e irresistible columpio.

Las jóvenes se prestan rápido al divertimento, balanceando sus hermosas piernas para deleite de los enamorados. Pero cuando llega el turno de Fantina, ésta se niega a subir por alguna oscura razón, y es entonces cuando Tholomyès entona melancólico “una antigua canción gallega”, que la inventiva de Hugo quiso que fuera así:

Soy de Badajoz.
Amor me llama.
toda mi alma
es en mis ojos
porque enseñas
a tus piernas.¹

Estos versos cierran el capítulo cuarto del libro tercero, incluido en el tomo primero, de la edición príncipe de *Los Miserables*.

1 HUGO, Victor. *Los Miserables*. Paris. Pagnerre, 1862. Volumen I, pág. 363.

rables. A este primer tomo, que vio la luz el 3 de abril de 1862, le siguieron otros nueve hasta junio de ese mismo año. La obra tuvo una excelente acogida entre un público ávido del estilo de Hugo, dado que desde *Nuestra Señora de París* el escritor llevaba casi tres décadas sin publicar una novela.

En España, aunque el favorito de los lectores sin duda era Alejandro Dumas, el anuncio de la nueva novela de levantó una expectación similar a la del país vecino, por lo que el diario *Las Novedades* se hizo con los derechos para comenzar a publicarla por entregas casi al mismo tiempo. De este modo, el 10 de abril de 1862 apareció el primer capítulo traducido por Nemesio Fernández Cuesta, un poco a vuelapluma, todo sea dicho. No es de extrañar por tanto que, ya por urgencia o por involuntario descuido, aquellas chirriantes rimas acabaran oscureciendo aún más la versión española, puesto que Fernández Cuesta decidió poner en boca de Tholomyès unos versos impensable en la original:

Al balcón de los ojos
se asoma el alma;
para ver lo que enseñas
Amor me llama.

Como se puede comprobar, la rima acabó forzada más allá de lo aconsejable, en una interpretación delirante que, no obstante, acabó sobreviviendo en el primer volumen de la obra impresa meses más tarde por el propio diario². La corrupción del original se mantuvo en 1863 para la edición sufragada por los librerías Gaspar y Roig, no obstante quedar reducida a cinco volúmenes

2 HUGO, Victor. *Los Miserables*. (Traducción de Nemesio Fernández Cuesta). Madrid. Las Novedades, 1862. Volumen I, pág. 162.

con numerosos grabados. La traducción de Nemesio Fernández Cuesta siguió tal cual en la reedición de 1865 y, vaya usted a saber si por traición o desidia, se coló también en la edición barcelonesa de Salvatella de 1866, en la que las bellas ilustraciones de Labarta ensombrecieron el trabajo de Juan Alonso del Real, y en la más económica, un tomo de doscientas setenta y dos páginas que se vendía al precio de cuatro reales, ideada por Urbano Marini en 1869 con traducción del vizconde de San Javier.

Mejor no seguir. En este trabajo no pretendemos hacer un seguimiento exhaustivo de las ediciones decimonónicas de *Los Miserables*, aunque sí poner de manifiesto que, hasta bien entrado el Siglo XX, pocos lectores españoles habían tenido la oportunidad de enfrentarse al original misterio que entrañaban aquellos versos.

Algunos hubo, claro. Los que tuvieron la fortuna de adquirir una edición traducida por el extremeño José Segundo Florez. Fue este un personaje realmente interesante: nacido en el seno de una humilde familia de Almendral, había entrado a servir en el convento de los agustinos de Badajoz con dieciséis años, de donde hubo de excluirse en 1834 tras un asunto nunca del todo aclarado que incluyó la tentativa de asesinato del propio prior, para pasar luego al Seminario Conciliar de San Atón como catedrático de lógica y matemática³.

El doctor Ricardo Cabezas de Herrera ha recuperado recientemente su figura, al objeto de exponer algunos de los conflictos

3 PECELLÍN LANCHARRO, Manuel. "Segundo Florez, José", en *Gran Enciclopedia Extremeña*, Mérida, Ediciones Extremeñas, S.A, 1989. Volumen IX, págs. 147-148.

por los que atravesó el clero pacense en las primeras décadas del siglo XIX, dando cuenta del pulso que sostuvo con el gobernador eclesiástico Rafael Blázquez Prieto. Nuestro personaje estaba empeñado en seguir la lógica francesa en lugar del tradicional canon del Padre Guevara, por lo que finamente fue depuesto en el cargo y hubo de buscar refugio en Madrid. En 1848 publicó aquí la biografía de Espartero, pero tras un breve y tormentoso periplo en la capital de España acabó buscando refugio en la de Francia⁴.

En París, José Segundo Florez fue redactor del *Eco de Ambos Mundos*, corresponsal de *El Siglo* de Montevideo y cofundador en 1854, junto a Ramón de la Sagra, del *El Eco Hispano-Americano*, el principal medio propagandístico de las políticas del régimen de Napoleón III en Latinoamérica.

La revista, de tirada quincenal, fue apadrinada por Clémentine Denné-Schmitz, propietaria de Brachet, la librería en la que los expatriados españoles se surtían de novedades en castellano. Aquí precisamente se publicaría en 1862, el año de la edición príncipe, una fidedigna traducción de *Los Miserables* realizada por José Segundo Florez y editada por Raçon y Cía. Como en el original, la versión del extremeño consistió en diez tomos, que podían conseguirse al razonable precio de cinco francos cada uno. Y como en el original, la traducción de Segundo Florez cerraba el capítulo cuarto del libro tercero del primer volumen, con la ya por entonces famosa cancioncilla:

4 CABEZAS DE HERRERA FERNÁNDEZ, Ricardo. "Una década muy convulsa en la historia del Seminario Conciliar de San Atón de Badajoz (1830-1840)", en *Revista de Estudios Extremeños*. Badajoz, Excelentísima Diputación Provincial de Badajoz, 2014. Volumen LXX, nº extraordinario, págs. 735-766.

Soy de Badajoz.
 Amor me llama.
 Toda mi alma
 es en mis ojos
 porque enseñas
 a tus piernas.⁵

Al año siguiente esta traducción conoció una versión reducida en cinco tomos publicada en París por Raçon, otra idéntica impresa en Nueva York por *El Continental*, y al menos una más editada en Buenos Aires, aunque constreñida en dos volúmenes, editada por Durant-Savoyat y Buffet. Y aunque probablemente a estas siguieron otras, al menos hasta la edición en seis tomos de 1921, los investigadores españoles debieron continuar manejando la versión de Nemesio Fernández Cuesta, porque casi nadie llegó a inquirirse sobre la originalidad de la letra.

Con esto no me refiero a la arriesgada hipótesis sobre la métrica que sostuvo el catedrático Carlos Vaz Ferreira, trastocando en agudas las palabras llanas e inventando hiatos y diéresis donde no los había⁶, sino al esbozo de una conjetura, una aportación siquiera al insólito misterio que, a mi juicio, envuelve aún hoy en día el guiño que Victor Hugo hizo a la ciudad de Badajoz en este pasaje.

Porque a la vista de la cita, resulta lícito preguntarse por el posible vínculo entre la capital de Extremadura y el escritor. Ba-

5 HUGO, Victor. *Los Miserables*. (Traducción de José Segundo Florez). Paris, Branchet, 1862. Volumen I, pág. 209.

6 VAZ FERREIRA, Carlos. *Sobre la percepción métrica*. Barcelona. Borrás, Mes- tres y Cía, 1920, págs. 101-102.

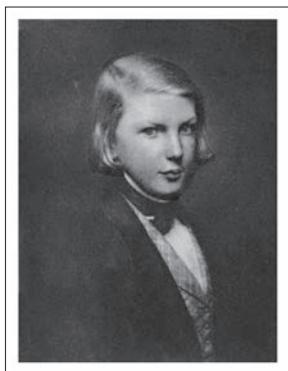
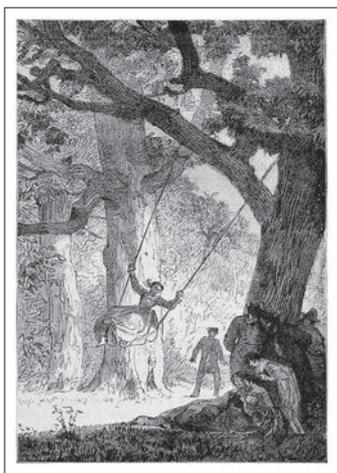
dajoz no es un topónimo muy conocido y menos aún usado, por los escritores foráneos. ¿Por qué encabezar entonces los versos de esta manera? La cancioncilla parece concebida para la ocasión, no es probable que se sirviera de una original preexistente. Entonces, ¿qué referencias tenía sobre la ciudad? ¿Conoció a alguien que le sirviera de inspiración?

Esto último no sería descabellado, puesto que algunos de los personajes que cobraron vida en sus libros no fueron sino bosquejo de otros reales y auténticos. Varios de ellos tuvieron un trasfondo más castizos de lo que se puede llegar a pensar: Corcovita por ejemplo fue un jorobado de rostro encarnado y cabellos retorcidos que asistía a los internos del colegio madrileño donde estudió unos meses junto a sus hermanos, el mismo que más tarde se convertiría en el Quasimodo de *Nuestra Señora de París* e inspiró el bufonesco Triboulet de *El Rey se divierte*; y un discípulo iracundo y vengativo de aquella misma época, llamado Francisco Elespuro, acabaría interpretando con idéntico nombre a uno de los locos de Cromwell, así como al traidor Gubetta de *Lucrecia Borgia*.

Y es que, en efecto, Victor Hugo tenía nueve años cuando fue internado junto a sus hermanos Abel y Eugène en el Real Colegio de San Antonio Abad de Madrid. Allí compartieron curso con otros veintiún alumnos, hijos de familias aristocráticas afines al régimen de José Bonaparte. Y allí sufrieron un lance a cuenta de uno de ellos, un colegial algo mayor que el resto que, según algunas fuentes, había acabado en el internado tras ser hecho prisionero en el cerco formado por los franceses a Badajoz en 1811. Curiosamente, la historia la contó Alejandro Dumas antes que el propio Hugo.

2. VICTOR HUGO EN ESPAÑA

Alejandro Dumas y Victor Hugo habían tenido un desencuentro en 1833, a raíz de un artículo que escribió el primero y molestó al segundo. Al cabo de tres años se reconciliaron y, como muestra de buena voluntad, Dumas se ofreció escribir la biografía de su amigo.



A la derecha, Fantina se columpia mientras su amado recita los famosos versos, según el grabado realizado por Gustavo Brion para la edición príncipe de *Los Miserables*. Arriba, un Victor Hugo adolescente pintado por Deveria.

No pretendía abarcar toda su vida, no podía serlo en modo alguno, pues por entonces tanto Hugo como Dumas contaban apenas con treinta y cinco años de edad, pero el primero se había convertido en una celebridad tras la exitosa aparición de *Nuestra Señora de París*, por lo que podría tener sentido poner al alcance de la curiosidad de los lectores algunos apuntes biográficos del escritor.

Con esta finalidad, ambos pasaron varios días entre soliloquios, confidencias y anotaciones, pero el proyecto no acabó de suscitar entusiasmo entre los medios editoriales y finalmente acabó siendo postergado. Tuvieron que transcurrir aún varias décadas para que, después de bucear entre las anécdotas más sabrosas reveladas por el escritor, varios diarios parisinos decidieran darlas a conocer a sus lectores⁷.

No obstante, Alejandro Dumas debió pensar que aquellas anotaciones eran muy aprovechables, así que cuando en 1847 se puso a escribir la autobiografía correspondiente a sus primeros treinta y dos años de vida, acabó insertando entre sus recuerdos algunas de las anécdotas vividas por su amigo. Una vez terminado el borrador de las mismas, lo entregó al diario *La Presse*, del que era colaborador habitual, para que las fuera publicando por entregas a partir del 16 de diciembre de 1851.

Por entonces, en nuestro país Dumas era tanto o más afamado que en Francia, así que sin apenas dudar, la prensa española se lanzó también a publicar por entregas aquellas sustanciosas memorias. El diario *La Nación* lo hizo a partir del 23 de diciembre de 1851, y el diario *La España* le secundó el 2 de enero de 1852.

Probablemente también fueran publicadas en otros diarios, pero como ya se ha dicho nuestro propósito no busca una valoración exhaustiva de la materia, así que valga por el momento con ambas referencias, recordando no obstante que los dos primeros

⁷ Hubo que esperar a 1892, pues no fue hasta entonces cuando *La Revue Encyclopédique* se decidió a publicar los veintiocho primeros años que Dumas había consignado al dictado de Hugo.

volúmenes de las memorias completas de Alejandro Dumas acabaron siendo publicados al poco tiempo, en 1852. En los dos años siguientes llegaron a aparecer otros veintiuno, de los que nos interesa el quinto, aquel en el que se narran las conversaciones que Dumas mantuvo con Hugo a cuenta del proyecto de biografía rechazado por entonces, en cuyo volumen acabó sacando a colación dos capítulos dedicados a la estancia de éste en España.

Así, en el capítulo CXXVIII de este tomo quinto se cuenta el episodio que nos interesa⁸. El mismo que al poco tiempo, en 1863 y tras el interés suscitado con la primera edición de *Los Misérables*, sería recogido por Adèle Hugo en el volumen de memorias que escribió de su padre⁹. Las vivencias de este, narradas desde dos perspectivas distintas y alejadas en el tiempo, necesariamente debieron afectar a algunos detalles, por lo que tal y como se dirá a continuación, el relato acabó en parte modificado.

Pero es que, además, hubo un Hugo que escribió antes que todos ellos sus memorias: Joseph Léopod Sigisbert Hugo, patriarca del clan y general bonapartista que en 1823 dio a la imprenta los tres volúmenes de su biografía¹⁰. Estas memorias son indispensables para comprender no sólo la atribulada relación matrimonial que sostuvo durante años, sino la razón por la que a temprana edad los hermanos Hugo acabaron viajando a España para ser internados en un centro escolar de la capital. Cir-

8 DUMAS, Alexandre. *Mes Mémoires*. Paris. Cadot, 1853. Volumen V, págs. 228-229.

9 HUGO, Adèle. *Victor Hugo (1802-1819). Raconté par un témoin de sa vie*. Paris., Lacroix, Verboeckhoven y Cía., 1863.

10 HUGO, Joseph Léopod Sigisbert. *Mémoires du Général Hugo, Gouverneur de plusieurs provinces, et Aide-Major-Général des Armées en Espagne*. Paris, Ladvocat, 1823. Volúmenes I-III.

cunstancia por la que no está de más recordar algunos datos biográficos del general Hugo.

El padre del escritor nació en Nancy el 15 de noviembre de 1773. Fue hijo del maestro carpintero Joseph Hugo y de su segunda esposa, Margueritte Michaud. Tenía por tanto quince años cuando, imbuído de las soflamas revolucionarias, corrió a alistarse en las milicias de Beauvais. Cinco años más tarde ya era capitán, y con este grado participó junto al batallón de Voluntarios del Bajo Rin en la Guerra de la Vendée. En 1796, cuando se atisbaba el final del conflicto, la Convención puso cerco al bastión contrarrevolucionario de Châteaubriant, y precisamente en este lugar en el que el idealista capitán acabaría por enamorarse de una joven algunos meses mayor que él.

Se trataba de Sophie Trébuchet, huérfana de un rico armador de Nancy y acogida por entonces en casa de una hermana de su madre. Sin duda fue esta, antes que las insistentes cartas del capitán, la que acabó por vencer la resistencia de Sophie, obligándola a seguirlo hasta París, donde finalmente fue desposada sin demasiado convencimiento.

En efecto, la dicha fue escasa. El primogénito Abel nació en la capital a finales de 1798, pero al poco tiempo Léopold fue ascendido a comandante y puesto al frente de un batallón destinado a combatir a los austriacos en el norte de Italia. Como su esposa se encontraba sola y ya por entonces embarazada de Eugène, tomó una decisión de la que acabaría por arrepentirse el resto de sus días: la envió con unos familiares de vuelta a su Nancy natal. En Nancy Sophie se reencontró con el amor de su vida, el culto y refinado Victor Claude Alexanadre Lahorie, un antiguo

pretendiente que en aquellos días lucía como general jefe del Estado Mayor del Ejército del Rin.

Sophie y Victor retomaron aquel amor adolescente mientras Léopold arriesgaba la vida en Marengo. El patriarca de los Hugo peleó con tanto arrojo por los intereses de Francia que cuando el plenipotenciario José Bonaparte firmó la Paz de Lunéville, le propuso como gobernador de la misma. Para corresponderle, Léopold se entregó a la administración de la plaza con absoluta dedicación, por lo que acabó por ser el único vecino de Lunéville ajeno a la desbordada pasión de la que hacían gala Sophie y Victor. El Gobernador saneó las arcas públicas y el Consulado le premió trasladándole Besanzón. Aquí nació en 1802 su tercer hijo, del que el general Lahorie tenía sobradas razones para pensar que era suyo. Quizás por eso acabó apadrinando al niño que, llegando el tiempo, acabaría por hacer inmortal su propio nombre.

En cualquier caso, ya fuera porque se barruntaba el abarragamiento, ya por su carácter avinagrado y desafiante, lo cierto es que Besanzón no fue un destino apacible para el comandante Hugo y muy pronto empezaron las desavenencias con su superior, el coronel Guestard. Como cabía esperar, el pulso se resolvió a favor de este, que hizo valer su autoridad y consiguió exiliarlo en la intrascendente plaza de Ajaccio primero, y en la bucólica Isla de Elba después.

De este modo, en enero de 1803 el comandante Hugo arribó con sus tres hijos a Portoferraio, adelantándose al confinamiento que en este mismo lugar que la fatalidad había reservado para el mismísimo Emperador. Pero esta vez Sophie no les

acompañó, regresó a París con Victor con la idea de interceder ante su antiguo benefactor José Bonaparte y lograr cuanto antes la rehabilitación de su marido.

Lo cierto es que Sophie no debió poner muchos reparos a la separación familiar, pensando sin duda dedicar gran parte del tiempo a otros menesteres, así que dejó los niños al cuidado de Léopold y tomó el primer barco que zarpó rumbo a Francia. Lo que no esperaba Sophie es que muy pronto iba a encontrar la horma de su zapato, puesto que, apartado del estamento militar, poco más podía hacer el comandante Hugo para no aburrirse en la isla que intimar más allá de los aconsejaban las reglas con los naturales de lugar.

Así fue como conoció a Catherine, la jovial hija del administrador del hospital militar Nicolás de Ligny Thomas. Y entonces, como ocurriera con Sophie y Victor en Lunéville, ninguno de ellos creyó oportuno ocultar el delirante arrebató que les poseyó.

Las murmuraciones no tardaron en alcanzar París, por lo que como en el mejor de los sainetes, a finales del verano Sophie desembarcó en Portoferraio con la intención de sorprender a su marido en flagrante adulterio. El comandante Hugo, inconsciente aún de la bufonada de la que era víctima, concedió que la indignada Sophie regresara con los niños en el mismo barco que la había traído. Pero al poco tiempo, en la primavera de 1806, él mismo partió también de la maldita isla de Elba para acompañar a su valedor José Bonaparte, cuando este acabó nombrado rey de las Dos Sicilias. Los dos años siguientes los dedicaría a perseguir y someter a los líderes de la resistencia napolitana, esmerándose tanto que acabó siendo premiado con el deseado ascenso a coronel y comandado el Real Regimiento Corso.

A partir de entonces, Léopold Hugo unió su destino al mayor de los Bonaparte, siguiéndole hasta la Corte de Madrid cuando tras la capitulación de Bayona este fue nombrado rey de España. Se estableció con Catherine en el palacio Masserano, que hacía esquina entre las actuales calles del Clavel y de la Reina, y ambos acudieron sin rubor a todo tipo de galas celebradas por los partidarios del régimen josefino. Pero con el tiempo el propio monarca hubo de condescender ante ciertos sectores tradicionales, que no veían con buenos ojos las relajadas costumbres del general, y acabó imponiéndole la reagrupación familiar.

Léopold Hugo hizo llamar entonces a Sophie y esta acudió solícita con los niños. Su situación por entonces era comprometida, pues Victor Lahorie había liderado un fracasado complot para derrocar al Primer Cónsul y ahora vivía oculto en una buhardilla del piso de su amante. El otrora poderoso general pasaba las horas en su escondite recitando a Virgilio y Horacio, mientras aleccionaba a su ahijado con las revolucionarias lecturas de Rousseau, Voltaire y Diderot. De este modo, el pequeño Victor Hugo acabó pertrechándose del mejor equipaje antes de partir a España.

Apenas contaba con nueve años cuando en abril de 1811 alcanzó Bayona junto a su madre y hermanos, escoltados por cuarenta granaderos. Después tardaron tres meses en llegar a Madrid, obligados a dar toda clase de rodeos para evitar los interminables campos de combates que asolaban el país. Pero cuando llegaron a la capital de España, su padre ya no estaba allí. Léopold Hugo, que había sido nombrado general de brigada para que de una vez por todas atrapara al Empecinado, se encontraban por entonces persiguiendo guerrilleros por las

tierras de La Mancha, así que, aprovechando la ocasión, Sophie abandonó a los niños y corrió de nuevo a la buhardilla donde escondía a su amante.

Fueron los últimos meses que pasaron juntos, puesto que poco después Lahorie fue descubierto en su escondite y detenido. Encerrado en una mazmorra de Vicennes, sería ejecutado sumariamente. Ella le sobrevivió diez años en la indigencia, ya que Léopold acabó consiguiendo la nulidad matrimonial para casarse con Catherine Thomas. Sus hijos nunca se lo perdonaron: ni cuando el viejo general escribió tres tomos de memorias para justificarse, ni cuando tras publicarlas murió de apoplejía.

Probablemente tampoco le perdonaron aquel curso que pasaron internados en el Real Colegio de San Antonio Abad. Resulta curioso que tanto en las memorias escritas por Alejandro Dumas, como en las consignadas por Adèle Hugo se repita insistentemente que los niños cursaran en el Seminario de Nobles durante su estancia en España, porque esto no es cierto¹¹.

El Real Seminario de Nobles había sido fundado por Felipe V en 1725 para formar a las futuras élites del país y fue regentado por los jesuitas hasta su expulsión en 1767. Para ingresar en él se exigía condición de hidalguía y limpieza de sangre, así como nobleza en ascendencia de segundo grado¹². Aunque durante

11 Sin duda el tiempo jugó una mala pasada a Victor Hugo, llegando a detallar en las memorias publicadas por Alejandro Dumas que la institución en la que cursó los estudios estaba situada en un inmueble de la calle de San Isidro, cuando en realidad el Seminario de Nobles se ubicó en un magnífico edificio que hacía esquina con la calle Princesa y Serrano Jover. DUMAS, Alexander, ob. cit., pág. 225.

12 ANDÚJAR CASTILLO, Francisco. "El Seminario de Nobles de Madrid en

los primeros años la enseñanza se limitaba a las clásicas disciplinas de latinidad, retórica, metafísica y filosofía moral, cuando en 1786 acabó de echar el cierre la Academia Militar del Puerto de Santa María, los futuros cadetes pasaron a formarse en el Seminario de Nobles y el plan de estudios acabó militarizándose.

En cualquier caso, quedó acreditado que los hermanos Hugo estudiaron en el Real Colegio de San Antonio Abad. El *Diario de Madrid* de 11 de octubre de 1811, publicó sus nombres, junto a otra veintena de colegiales que habrían de concurrir a aquel curso dirigido por los escolapios.

En la misma publicación se detallaba el horario al que quedaban sometido los internos y las asignaturas que habrían de superar, empezando por la de religión católica impartida por el capellán y director de sala don Manuel Tofiño, las primeras letras de don Antonio Ortega, matemáticas, álgebra y geometría de las que se ocupaba don Ignacio Romaza, humanidades y geografía de don Fernando Peñaranda, propiedad latina de don Basilio Fernández, rudimentos de lengua castellana y latina de don José Igartua, lengua francesa de don Julián Juiliot, música de don Narciso de Paz, así como dibujo de don Alejandro Blanco.

Victor Hugo inmortalizó al director de los escolapios como una persona gruesa y de tez amarillenta, risueña, cariñosa y siempre atenta con los alumnos. Todo lo contrario a don Basilio Fernández, que aleccionaba a los niños en lengua latina y de quien llegó a escribir que era:

el Siglo XVIII", en *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*. nº 3. Madrid, Universidad Complutense, 2004, pág. 207.

“Un fraile con una gran sotana negra, enrojecida por el tiempo, con alzacuellos blanco y sombrero. Tenía cerca de cincuenta años, nariz de loro, y los ojos muy hundidos. Lo que más llamaba la atención era su delgadez y su palidez. Tenía un cuerpo y una fisonomía inmóvil: sus músculos habían perdido toda su elasticidad, y parecían osificados: parecía imposible que aquella estatua de marfil pudiera dar un paso”¹³.

Como se ha dicho, don Manuel y don Basilio impartían lecciones en el Real Colegio de San Antonio Abad, la segunda escuela que los padres escolapios abrieron en Madrid, tras la que ya regentaban en Lavapiés desde 1729. Aunque en 1755 el nuevo calasancio se estableció en la calle de San Mateo, después de que a finales de siglo les fuera cedida la leprosería de San Antonio Abad, situada en lo que hoy es la calle Hortaleza, esquina con Santa Brígida y Farmacia, el instituto pasó a denominarse Escuelas Pías de San Antón. Francisco de Goya, que había sido antiguo alumno, decoró en 1819 una de las capillas laterales con “La última comunión de San José de Calasanz”, retratando tras el fundador a varios niños entre los cuales bien podrían haber estado los hermanos Hugo.

En cualquier caso, aquel curso no debió ser fácil para Abel, Eugène y Victor, a la vista de los recuerdos que este último legó en sus memorias. El escabroso periplo familiar había arrojado a los niños, huérfanos de la presencia paterna, a un internado de severa práctica que no iba a facilitar en ningún caso su integración. La actitud de alguno de sus condiscípulos tampoco habría

13 HUGO, Adèle. *Memorias de Victor Hugo por un testigo de su vida* (Traducción de Nemesio Fernández Cuesta). Madrid, Imprenta de Las Novedades, 1863, págs. 114-116.

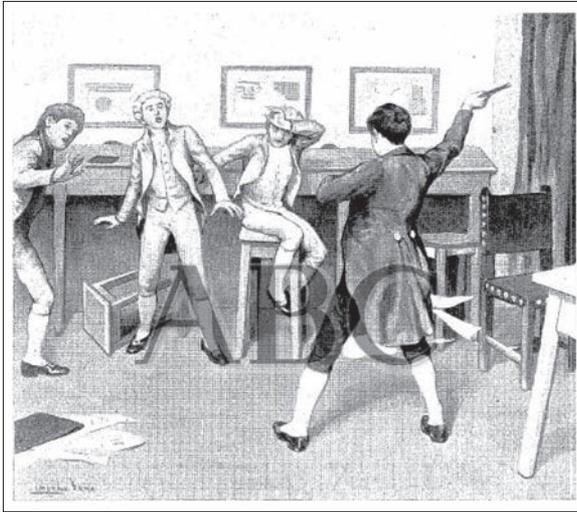
de ayudar mucho, pues aunque la mayoría de ellos pertenecían a familias nobles comprometidas con el partido bonapartista, parece ser que al menos uno no lo era y se encontraba internado en los escolapios en contra de su voluntad.

3. LINO FABRAT Y EL SITIO DE BADAJOZ DE 1811

Aunque Alejandro Dumas se refirió a él como Lillo, en las memorias recogidas por Adèle Hugo figura como Lino. Lo cierto es que tenía razón esta última, puesto que en la lista de colegiales publicada en el citado *Diario de Madrid*, de 11 de octubre de 1811, podemos encontrar un tal Lino Fabrat.

Era este un joven de entre quince y dieciséis años, según tomemos la versión de Dumas o la de Adèle Hugo, que, según el primero, se habría batido como un demonio en el Sitio de Badajoz, mandando en grado de subteniente a unos hombres desesperados. Llegó a matar con sus propias manos a un granadero francés y por esta razón iban a fusilarle, pero el mariscal Soult, comandante en jefe del Ejército del Mediodía encargado de tomar la plaza, debió reconocerle y acabó conmutándole la pena de muerte por el consabido internamiento en el Real Colegio de San Antonio Abad.

El caso es que, continuando con la versión de Dumas, Lino Fabrat apenas tenía relación con sus compañeros de internado. Asistía a las clases y poco más. Pero esto debió bastar para que un día y en el transcurso de una acalorada discusión en la que llegó a llamar Napoladrón al mismísimo Emperador, Eugène Hugo le censurara, cierto o no, que había sido hecho prisionero entre las piernas de un granadero francés.



Lino Fabrat dispuesto a marcar la cara de Eugène Hugo con un compás, según el grabado de Inocencio Medina para Blanco y Negro de 2 de mayo de 1908. A la derecha, versión de Fortune Louis Méaulle que ilustra la obra de BARBOU, Alfred. *Victor Hugo et Son Temps*. Paris, Charpentier, 1881.

El doble sentido de la ofensa fue cogido al vuelo por el joven oficial que, sin pensárselo dos veces, agarró un compás de la mesa de estudio y le cruzó la cara a Eugène, dejándole una linda cicatriz de pulgada y media de largo de la que tuvo que dar cuenta ya de por vida. Aunque apenas tenía once años, Eugène quiso batirse en duelo, Lino aceptó el envite y, si no es por que intervinieron los jesuitas, alguno del dos hubiera acabado muerto.

Según se cuenta, Lino Fabrat desapareció al día siguiente del colegio sin que nadie parara a cuestionarse su paradero. Victor

Hugo nunca llegó a reprobar la conducta del joven oficial, sino que antes al contrario y como dejó escrito Alejandro Dumas, pareció justificar la agresión a su hermano en aras de un patriotismo romántico muy en boga por entonces:

“Oigo todavía a Victor Hugo diciéndome con voz grave el día en que me contó este lance: aquel joven tenía razón; defendía su País... pero los niños, qué entienden de esto”¹⁴.

Por su parte, la versión de Adèle Hugo difiere algo de este relato. La quinta hija del escritor afirmaba que quien marcó al segundo de los hermanos fue un tal Frasco, conde de Belvenara, el que medió en la disputa entre Eugène y Lino, no ya con un compás, sino con unas tijeras¹⁵. Este Frasco se correspondería con Francisco Elespuro, el citado condiscípulo que el menor de los hermanos tomaría prestado para futuros personajes. La versión de Adèle Hugo sería también publicada en *Las Novedades* al poco tiempo, en una traducción realizada por Nemesio Fernández Cuesta que luego, como era costumbre, acabaría dada a la imprenta¹⁶.

Pero el caso es que en esta ocasión llegó a prevalecer la versión de Dumas en el solar patrio, si bien tomando el nombre del joven oficial español que apuntaba Adèle Hugo. De este modo, Lino y no Lillo fue el protagonista de sendos artículos publicados en *Blanco y Negro*, uno firmado por Tello Téllez el de 22 de mayo de 1892, y otro con la autoría de Felipe Pérez González el de 2 de mayo de 1908, al que se le añadió el grabado de Inocencio Medina Vera que acompaña estas líneas.

14 DUMAS, Alexandre, ob. cit., págs. 228-229.

15 HUGO, Adèle, ob. cit., pág. 199.

16 Ibid.; págs. 118-119.

Lamentablemente, por entonces resultó ya imposible registrar el testimonio de su verdadero protagonista. En el mejor de los casos, llevaba cincuenta y tres años muerto.

En efecto, Lino Fabrat no terminó aquel curso en el Real Colegio de San Antonio Abad. Tal y como aseguraba Alejandro Dumas, debió escaparse, porque lo cierto es que, según la hoja de servicios que se conserva en el Archivo General Militar de Segovia, ingresó en un regimiento de caballería el 1 de abril de 1812. Tampoco era la primera vez que finalizaba abruptamente los estudios, puesto que su nombre consta también en la relación de sesenta niños que formaron la primera promoción de alumnos del Real Instituto Pestalozziano que, emplazado en la madrileña calle de San Bernardo, abrió sus puertas el 4 de noviembre de 1806.

La institución se enfrentó a los sectores más tradicionalistas de la Iglesia Católica, que no veían con buenos ojos la metodología laica y humanista defendida por Enrique Pestalozzi, por lo que pese a que siempre tuvo el favor de Manuel Godoy, acabó cerrando el 13 de enero de 1808. Al poco tiempo tuvo lugar el Levantamiento del 2 de mayo, por lo que es probable que en un momento u otro el joven Lino Fabrat acabara sumándose a alguno de los destacamentos que a partir de entonces se enfrentaron a los franceses.

Pero también pudo llegar a Badajoz como refugiado, procedente de otras localidades. Desde finales de 1808 la ciudad venía acogiendo decenas de familias nobiliarias que, huyendo de los efectos de la guerra o perseguidas por el régimen josefino, buscaban amparo antes de continuar el trayecto hasta Lisboa,

Sevilla o Cádiz. Si es cierto que formaba parte de la guarnición de la plaza y que fue hecho prisionero en 1811, su hoja de servicios no lo consigna. Tal y como se ha dicho, según la misma Lino Fabrat y Marzal ingresó en el Ejército el 1 de abril de 1812.

Lo hizo como cadete y con dieciséis años en los Húsares de Cataluña, hasta bien poco antes llamados Húsares de San Narciso, los mismos que bajo el mando del coronel Luis Llecreft combatían por entonces a los franceses en los alrededores de San Feliu de Codinas, en la comarca del Vallés. Que lo hiciera a esa edad y como cadete reafirman su condición de noble, pues solo acreditándola se podía acceder al Ejército como oficial. Una vez terminada la guerra, entró con empleo de alférez y grado de capitán en el regimiento de infantería ligera del Rey, y debió apoyar el levantamiento de Cabezas de San Juan, puesto que con la restauración del absolutismo acabó siendo depurado.

Así pues, en contra de su voluntad resultó confinado de la administración militar tres años largos años, hasta que en 1826 fue admitido de nuevo en su anterior regimiento. En empleo de ayudante del coronel se mantuvo en el mismo hasta el año 1832, en el que pasó al regimiento de lanceros de la Guardia Real con empleo de capitán y un escuadrón bajo su mando.

La Casa Real disponía de un cuerpo de alabarderos que servía de escolta a los monarcas desde 1707, pero en 1824 se añadieron cuatro regimientos de caballería para el servicio externo: uno de granaderos y otro de coraceros como regimientos de línea, junto a uno de cazadores y otro de lanceros que acabaron por completar la caballería ligera. Desde que el capitán Lino Fabrat entró a servir en el regimiento de lanceros de la Guardia

Real se convirtió en defensor de causa isabelina, lo que en el transcurso de la Primera Guerra Carlista le condujo definitivamente a la muerte¹⁷.

Falleció el 14 de noviembre de 1839 en las inmediaciones de Casas-Ibáñez¹⁸. El escuadrón de lanceros de la Guardia Real del capitán Lino Fabrat y el de cazadores de la Albuera al mando del teniente coronel Juan Francisco Ansótegui, defendían la posición fortificada de Casas-Ibáñez a las órdenes del brigadier Francisco Valdés, cuando, avisados de la proximidad de una columna carlista en las inmediaciones de Villamalea, los hombres salieron en reconocimiento la noche del 13 de noviembre. Sin embargo, a pocos kilómetros de la localidad se encontraron con un número mayor de enemigos de lo que esperaban.

Se trataba de la columna del general Arévalo, que después del fracaso de Chelva entró en La Mancha con el auxilio de la caballería del brigadier Rojeros y el escuadrón de Toledo, dispuesto a tomar la plaza fortificada de Casas-Ibáñez. Retrocedieron entonces los isabelinos hasta Serradiel, situada apenas a media legua de Casas-Ibáñez, dejando que forrajeasen los caballos y descansasen los hombres. Pero al amanecer descubrieron que habían sido rodeados por un batallón de infantería y que varias piezas de artillería enfilaban directamente sus líneas.

17 En la acción de los Arcos, disputada el 2 de septiembre de 1835, recibió la Cruz Laureada de San Fernando de segunda clase. Vid. *Diario de Madrid*, de 8 de abril de 1838.

18 Seguimos a continuación el informe suscrito por el brigadier Francisco Valdés el 16 de noviembre de 1839, elevado al Ministerio de la Guerra y publicado por CÓRDOBA, Buenaventura. *Vida Política y Militar de Cabrera*. Madrid, Imprenta de Eusebio Aguado, 1845. Volumen II, págs. 490 y 491.

Ante la superioridad de las fuerzas las carlistas, el brigadier Valdés ordenó el repliegue inmediato hasta la posición fortificada de Casas-Ibáñez. Pero este era un plan no exento de peligros, puesto que la columna habría de quedar a la fuerza desordenada en medio de las quebradas y desfiladeros que rodean el meandro del Júcar, antes de alcanzar el seguro de la fortificación y a merced de caballería enemiga. Fue entonces cuando el capitán Lino Fabrat se ofreció a cubrir a sus compañeros, sumándose a la iniciativa el comandante de los cazadores de La Albuera.



El capitán Fabrat y el teniente coronel Ansótegui luchan rodeados de los jinetes carlistas que acabarían por darles muerte, según grabado publicado Panorama Español en 1845.

La gesta que se proponían era sin duda temeraria y suicida, pero se trataba de una heroicidad necesaria para cubrir con una pátina de respetabilidad el deshonroso repliegue ordenado por el brigadier Valdés. Poco tiempo después, *Panorama Español* se encargaría de exaltar aquel episodio en los siguientes términos:

“Fabra, coronel comandante de lanceros, al recibir esta orden, respondió que se retirasen todos si querían, que él con su escuadrón solo iba a batir a los enemigos. Estas palabras hirieron el amor propio del valiente Ansótegui, comandante del 5º ligero, quien dijo al de lanceros que su escuadrón no era menos que otro alguno, que el enemigo estaba al frente, y que por lo mismo la ocasión era muy oportuna para probar cuál de los dos sabía morir antes”¹⁹.

Y así fue, pues ambos se lanzaron contra las filas carlistas tratando de ganar tiempo para que sus compañeros lograsen alcanzar Casas-Ibáñez. Hasta tres cargas realizaron, pese a la inferioridad numérica y el terrible fuego de cañón que se les hacía. Pero una vez desordenados los dos escuadrones isabelinos, el general Arévalo ordenó entrar a degüello a su caballería. Avanzó esta entre las desprevenidas filas isabelinas acuchillando a placer, hasta que los dos comandantes quedaron rodeados de quince lanceros enemigos, “de los cuales se defendieron con bizarría, hasta que por fin sucumbieron después de media hora de combate tan desigual”²⁰.

Además de los dos comandantes de escuadrón, aquel día quedaron sobre el campo de batalla otros ciento veintiséis defensores de la causa constitucional. La gesta del capitán del regimiento de lanceros de la Guardia Real Lino Fabrat y Marzal fue recogida puntualmente por algunos diarios, pero al poco cayó en el olvido. Meses más tarde, el 5 de mayo de 1840, su viuda hubo de acudir a la comisión de peticiones del Congreso solicitando una pensión para atender a la educación del huérfano que había quedado²¹.

19 VV.AA. *Panorama Español. Crónica contemporánea*. Madrid, Imprenta del Panorama Español, 1845. Volumen IV, pág. 308.

20 *Ibid.*, pág. 309.

21 El hijo de ambos, Lino Fabrat y Raspau, fue comandante del Ejército y te-

Su viuda no era otra que Ángela RaspauBojeda, bautizada el 12 de noviembre de 1814 en la Catedral de Badajoz. Se había casado con el teniente Lino Fabrat y Marzal el 15 de diciembre de 1833, al poco de que este entrara a servir en los lanceros de la Guardia Real²². Queda acreditado por tanto que el amor de Lino Fabrat procedía de Badajoz, aunque atendiendo a la fecha bautismal resulta evidente que los dos primeros versos de la célebre cancioncilla no podían estar dedicados a Ángela Raspau. ¿A quién entonces?

La respuesta a esta pregunta excede los límites del presente trabajo. Nuestra intención es únicamente poner de manifiesto una línea de investigación que hasta ahora no había sido cuestionada, en cuanto a la consabida referencia a Badajoz en el capítulo cuarto del libro tercero del primer tomo primero de *Los Miserables*.

Parece evidente, o al menos así hemos tratado de probar, que el vínculo entre el escritor y la ciudad quedó establecido a partir de Lino Fabrat y Marzal, el joven que agredió a su hermano mientras se encontraban internos en el Real Colegio de San Antonio Abad. Tanto en las memorias recogidas por Alejandro Du-

niente coronel graduado del Cuerpo de la Guardia Civil. Fue autor también del Índice alfabético y legislativo de la Guardia Civil de 1872, y murió 1886. El *Correo Militar*, de 16 de octubre de ese año publicó una esquela en la que podía leerse: "militar honrado y pundonoroso, siempre esclavo del deber y amante del trabajo, su muerte ha sido muy sentida y los periódicos profesionales así lo consignan, elogiando las excelentes prendas del finado. Poseía el Sr. Fabrat varias condecoraciones, todas bien adquiridas y entre ellas la placa de San Hermenegildo. Pero, no obstante sus méritos y servicios, ha dejado a su esposa, con cuatro hijos, sin derecho a pensión alguna del Estado."

22 OCERIN, Enrique. *Índice de los expedientes matrimoniales de militares y marinos que se conservan en el archivo general militar (1761-1865)*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1967, pág. 471.

mas como en las de su propia hija, Victor Hugo hace mención al Sitio de Badajoz de 1811. En esta plaza fue hecho prisionero Lino Fabrat y, casualidad o no, aquí nacería Ángela Raspau, quien andando el tiempo acabaría casándose con el propio capitán de lanceros de la Guardia Real, haciendo buenos aquellos versos que principiaban:

Soy de Badajoz.
Amor me llama.

4. BIBLIOGRAFÍA

ANDÚJAR CASTILLO, Francisco. "El Seminario de Nobles de Madrid en el Siglo XVIII", en *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*. nº 3. Madrid, Universidad Complutense, 2004.

CÓRDOBA, Buenaventura. *Vida Política y Militar de Cabrera*. Madrid, Imprenta de Eusebio Aguado, 1845. Volumen II.

CABEZAS DE HERRERA FERNÁNDEZ, Ricardo. "Una década muy convulsa en la historia del Seminario Conciliar de San Atón de Badajoz (1830-1840)", en *Revista de Estudios Extremeños*. Badajoz, Excelentísima Diputación Provincial de Badajoz, 2014. Volumen LXX, nº extraordinario.

DUMAS, Alexandre. *Mes Mémoires*. Paris, Cadot, 1853. Volumen V.

HUGO, Adèle. *Victor Hugo (1802-1819). Raconté par un témoin de sa vie*. Paris, Lacroix, Verboeckhoven y Cía., 1863.

- *Memorias de Victor Hugo por un testigo de su vida* (Traducción de Nemesio Fernández Cuesta). Madrid, Imprenta de Las Novedades, 1863.

HUGO, Joseph Léopold Sigisbert. *Mémoires du Général Hugo, Gouverneur de plusieurs provinces, et Aide-Major-Général des Armées en Espagne*. Paris, Ladvocat, 1823. Volúmenes I-III.

HUGO, Victor. *Les Misérables*. Paris. Pagnerre, 1862. Volumen I.

- *Los Misérables*. (Traducción de Nemesio Fernández Cuesta). Madrid, Las Novedades, 1862. Volumen I.

- *Los Misérables*. (Traducción de José Segundo Florez). Paris. Branchet, 1862. Volumen I.

OCERIN, Enrique. *Índice de los expedientes matrimoniales de militares y marinos que se conservan en el archivo general militar (1761-1865)*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1967.

PECELLÍN LANCHARRO, Manuel. "Segundo Florez, José", en *Gran Enciclopedia Extremeña*. Mérida, Ediciones Extremeñas, S.A, 1989. Volumen IX.

VAZ FERREIRA, Carlos. *Sobre la percepción métrica*. Barcelona, Borrás, Mestres y Cía, 1920.

VV.AA. *Panorama Español. Crónica contemporánea*. Madrid, Imprenta del Panorama Español, 1845. Volumen IV.